

O, by the by, his was long of grain, it might be he
 always remembered in connection with what has gone
 before that there was a professor, their homelands,
 not the his dinner table? ————— 12 of
 the them and Professor (the ————— the
 house) in Lasky (where the ————— are
 sleeping in the same corner ————— a
 Komenský (Lasky) ————— was made like
 Zoumal (Lasky) then? ————— in the U.S. ————— sing
 (Lasky saw the mark)!! ————— the work (the ————— sing
 which remains of course) ————— money in the ————— did
 of Ty which he was, not ————— (Lasky was in the ————— did
 and meeting because ————— in which lay ————— about,
 making his appearance ————— Do Fall / as far the —————
 Franklyn (Lasky, a ————— ————— with, and, —————
 consisted that one he ————— ————— —————
 included themselves ————— which, and which he might —————
 the new methodical ————— after he would, with his —————
 and observed some ————— one, was unable to damage —————
 because, how they ————— here, however, to think a —————
 hour of gain, that ————— some of gain and husband —————
 history was a ————— (The) —————
 and above such as include such as Jimmie's peak —————
 and after the one: Hiram's (Lasky's) uninvited visit,

Feminism & Geography. The Limits of Geographical Imagination, de Gillian Rose. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.

Feminism and Geography viene a engrosar la colección—ya tan sustanciosa en el ámbito académico—de volúmenes dedicados a los estudios interdisciplinarios. Aunque los temas centrales sean el feminismo y la geografía, hay otras disciplinas de alguna manera involucradas. Así, abundan las reflexiones de tipo antropológico, sociológico e histórico y no faltan tampoco las referencias a la filosofía y a la teoría sobre los medios de comunicación.

Pero más que el número y talante de las disciplinas contenidas, los cuales efectivamente enriquecen grandemente la reflexión teórica, importa la proyección que el presente estudio necesariamente habrá de tener hacia el exterior, y hacia otros ámbitos del conocimiento. Parecería que en un libro pensado y escrito por una geógrafa (y dedicado a la defensa apasionada de una «nueva geografía» imaginada y diseñada por mujeres) difícilmente puede tener cabida la literatura, aunque algo de las bellas letras se cuele en él, a través de la ancha vía del feminismo. No obstante, es precisamente la teoría de la literatura la que mayor provecho e inspiración puede extraer de un estudio como el presente: hablar de geografía es hablar de un gran tema—uno de los «macrotemas» ciertamente de la imaginación cultural—el cual de alguna forma sobrepasa los límites de lo geográfico, e invade con generosa libertad la filosofía, la historia, la antropología, la sociología, la arquitectura, y también, la literatura.

El espacio—he aquí el gran asunto—admite, y aún exige, múltiples comentarios. Sin embargo, y aunque a ninguna disciplina deba tantas versiones de sí mismo, ni tan impresionante multiplicación de sus paisajes como a la literatura, la teoría literaria es, en cambio, relativamente parca en sus reflexiones sobre el espacio. De ahí que haya de recurrir a otros saberes para suplir esta paradójica carencia; de ahí que, para hablar de los lugares (y hasta de los «no lugares,»

como llama Augé a los anónimos lugares de paso) que engendra sin parar la ficción necesite echar mano de otras aportaciones, no por «extraliterarias» menos valiosas.

Importa señalar que *Feminism and Geography* no es el único instrumento que se le brinda al estudioso de la topología novelesca: Fuera del ámbito de la teoría literaria—ésta, como digo, sigue resistiéndose—ha surgido en los últimos años un renovado interés por el espacio y sobre todo por el concepto—distinto al de espacio—de «lugar»: «Place was the key humanistic geography concept: in contrast to spaces, which were represented through scientifically rational measurements of location, places were full of human interpretation and significance ... To be human is to live in a world that is filled with significant places; to be human is to have and to know your place» (Rose 1993, 43). Esos lugares, pues, llenos de significación para el hombre, tal y como los quiere el existencialismo y la fenomenología, reciben un nuevo tratamiento en textos como *The Place and Politics of Identity* (Ed. Michael Keith & Steve Pile, London: Routledge, 1993), *Place/Culture/Representation* (Ed. James Juncan & David Ley, London: Routledge, 1993), *Los no lugares. Espacios del anonimato* (Augé, Marc, Barcelona: Gedisa, 1992), *Variations on a Theme Park* (Ed. Michael Sorkin, New York: Noonday, 1992), etcétera.

El prurito postestructuralista, el afán destructivo de los títulos citados alienta igualmente a Gillian Rose en *Feminism & Geography*: «I draw on a kina of Feminism which, by developing certain arguments from poststructuralism and psychoanalysis, connects masculine subjectivity to powerful claims to know» (5).

Se trata, en primera instancia, de iniciar una enérgica revisión de la geografía, disciplina académica gobernada por esa subjetividad masculina tan sedienta siempre de conocimiento. Anhelar la sabiduría es, para Rose, anhelar el poder. En ello, la autora se muestra seguidora fiel de las enseñanzas de Foucault. El segundo objetivo es proponer sin ambages una «nueva geografía» en la que, por primera vez, tenga cabida la mujer: «feminism still remains outside de project of geography» (3). Pero, vayamos por partes:

Sostiene Rose, en primer lugar, que «pensar y diseñar la geografía—pensar, por tanto, dentro de los parámetros de la disciplina a la hora de ir acumulando un conocimiento geográfico—significa inevitablemente ocupar una posición masculina» (4). La geografía, concluye, es «masculinista,» adjetivo con que Michéle Le Doeuff designa toda labor que, «pretendiendo ser exhaustiva, olvida, no obstante, la existencia de la mujer y se ocupa tan sólo de la posición masculina:»

Geographers desire knowledge of the whole world ... but, more importantly for their claims to power through knowledge, they also desire a whole knowledge of the world. Geographical knowledge aims to be exhaustive. It

assumes that, in principle, the world can be fully known and understood. Michael Curry has recently described this as geography's architectonic impulse: a desire to create an ordered, hierarchical system which seeks to refer all sciences to one principle. (4)

La manera de conocer y a la postre dominar el mundo y su geografía es abarcarlo con una mirada racional y objetiva, esa mirada, sostiene Rose, tildada de típicamente masculina por las feministas, y de mentirosa. El geógrafo que así cree contemplar el mundo y que aún se atreve a ensalzar la objetividad de su visión, ignora el esencial subjetivismo de toda mirada, de toda perspectiva.

No obstante, la existencia misma de ese «masculinismo» (de ese masculino modo, pues, de organizar el espacio) depende, aunque no quiera admitirlo abiertamente, de la «feminidad,» de una femenina manera de percibir el entorno. Aquí desarrolla o, mejor dicho, adopta Rose una teoría intensamente explorada por las feministas francesas. Estas piensan, al igual que la autora de *Feminism and Geography* que la «identidad es relacional,» que el yo sólo puede constituirse a través de la comparación con el otro, y el establecimiento de similitudes y diferencias. Lo masculino necesita, para su definición, de lo femenino, al igual que la raza blanca necesita de las otras razas para adquirir consciencia de su propia identidad, y de la misma manera en que el burgués depende del proletario, el heterosexual del homosexual, etc. Por ello, a la hora de «explorar el masculinismo inherente al discurso geográfico contemporáneo,» primer objetivo del libro, se pone especial énfasis en «la manera en que la identidad masculina depende de ese otro femenino, o 'feminizado',» un «Otro» producto en gran parte de la imaginación del hombre y al que Teresa de Lauretis, como apunta Rose, llama simplemente «Mujer,» con mayúsculas:

The white bourgeois heterosexual masculinities which are attracted to geography, shape it and are in turn constituted through it, imagine their Other in part as feminine. Their Other is associated with all that they deny as part of themselves: the bodily, the emotional, the passionate, the natural and the irrational. «Woman» (as de Lauretis calls it) is a masculinist fantasy figure, and as le Deuff remarks, «we women are constantly being confronted with that image, but we do not have to recognise ourselves in it.» (11)

Rose reconoce que semejante retórica, la cual encaja perfectamente en lo que Derrida llama «metafísica de lo binario,» entraña sus peligros: «Feminism is already caught up in already existing masculinist discourses of meaning and subjectivity, such as, for example, the discursive field of the Man of Reason and Woman of Unreason» (11). No obstante, la autora se somete voluntariamente al binarismo, y aplaude sin duda el «discurso femenino de la sinrazón, y de las emociones, y del cuerpo, al proponer, frente a la geografía «objetiva» del hombre, una nueva geografía «subjetiva» y femenina. El estudio del espacio, fría superficie mensurable, ha de dar paso a un cuidadoso análisis de

los «lugares,» entornos siempre emocionales, y ha de dirigir la mirada (una mirada «femenina») sobre todo a los espacios domésticos, habitados tradicionalmente por la mujer, contruidos, por así decirlo, alrededor de su cuerpo, y de sus sentimientos.

Rose no escapa al esencialismo feminista: al igual que Cixous, o que Irigaray, entona el canto a la diferencia, a una identidad femenina orgullosa de sus emociones, de sus desarreglos hormonales, de sus balbuceos preedípicos, de su mirada inevitablemente subjetiva y personal. El intento de reconstrucción o de nueva habitación de un orden imaginario (porque Lacan y el psicoanálisis feminista son fuentes inspiradoras y omnipresentes en *Feminism and Geography*) pretende ser, una vez más, una forma de minar o desconstruir el orden simbólico:

Some of the founding antinomies of Western geographical thought are negated by this feminist subjectivity: its embodiment which overcomes the distinction between mind and body; its refusal to distinguish between real and metaphorical space; its refusal to separate experience and emotion from the interpretation of places. All these threaten the polarities which structure the dominant geographical imagination.(155)

El segundo objetivo del libro es explorar las diferentes estrategias de resistencia feminista ante una geografía y un espacio sometidos casi en su totalidad al poder masculino. Lo que se propone, finalmente, la autora es la construcción de un nuevo espacio (el diseño de una nueva geografía) en el que se respeten y nunca combatan las diferencias, lugares, pues, habitados por un nuevo concepto de identidad, capaz de superar la tradicional oposición Hombre/Mujer. Rose se apoya, una vez más, en las reflexiones de Teresa de Lauretis: para esta crítica, el feminismo ha de girar no sólo alrededor de la diferencia sexual (en singular) sino alrededor también de las diferencias (en plural) marcadas por la raza, y por la clase social: «the differences among women may better understood as differences within women ... the female subject is a site of differences, (it is) rather multiple than unified, and not so much divided as contradicted» (138).

La nueva propuesta de Lauretis en alguna forma abre, para las mujeres, una puerta de esperanza. Es, al menos, una nueva estrategia «político-personal de supervivencia y de resistencia, un nuevo modo de ejercer la crítica y de adquirir y ejercer el conocimiento.» Sin embargo, esa multiplicación de las diferencias, sentida como positiva, y valorada por lo que en ella hay de favorable diseminación de los núcleos de poder y de eficaz neutralización del estéril contraste entre lo femenino/masculino, no parece reunir, todavía, la fuerza suficiente como para hacer posible una femenina «conquista» del espacio, como para dominar al menos el sentimiento de opresión que sobre las mujeres siguen ejerciendo muchos (casi todos) los lugares, públicos y domésticos.

Rose dedica todo un capítulo a la condena del hermetismo de los lugares públicos, que rechaza la presencia del cuerpo femenino, y silencia sistemáticamente la voz de la mujer. En otra sección del libro, se censura el ámbito doméstico, y ese peculiar sentido de «comunidad» que se idealiza, y se adorna con un barniz romántico (la pátina de la solidaridad femenina, del rincón resguardado y cálido) pero que es sentido las más de las veces como prisión, y como trampa. Y hay, por fin, otro apartado—el más interesante para la crítica literaria—en el que se estudia con detenimiento el paisaje (y la figura femenina inserta o no en él) como producto exclusivo de la mirada masculina.

En ese capítulo, titulado «Looking at Landscape: The Uneasy Pleasures of Power,» Rose reflexiona sobre la indudable fuerza y poder de convicción de lo visible, en el ámbito de la geografía, y sobre el sentido de la vista como principal instrumento gnoseológico:

The visual is central to claims to geographical knowledge ... «good» geography ... begins by looking. The absence of knowledge, which is the condition for continuing to seek to know, is often metaphorically indicated in geographical discourse by an absence of insight, by mystery or by myopia; conversely, the desire for full knowledge is indicated by transparency, visibility and perception. Seeing and knowing are often conflated. (86)

No obstante, los trabajos más recientes de ciertos geógrafos culturales se han atrevido a poner en tela de juicio esa obstinada idealización de la visualidad por parte de la geografía de corte más tradicional:

Cultural geographers have begun to problematize the term landscape ... It refers not only to the relationships between different objects caught in the fieldworker's gaze, but it also implies a specific way of looking ... This gaze at landscape is named a «visual ideology, because it uncritically shows only the relationship of the powerful to their environment.» ... The discipline's visuality is not simple observation but, rather, a sophisticated ideological device that enacts systematic erasures. (87)

Las «supresiones sistemáticas» afectan igualmente a un enfoque teórico dispuesto a estudiar la geografía y esa ideología visual desde una perspectiva de género. La figura femenina está presente, sí, pero no tanto en el mundo académico de la geografía, o en las teorías que conforman esta disciplina, sino en el paisaje, inevitable y estereotípicamente confundida con él, y equiparada a la naturaleza. Rose recurre, para apoyar sus deducciones, a los numerosos testimonios dejados por la pintura. Aquí, la geografía, y el arte pictórico se comportan, una vez más, como la literatura: ¡Cuántos paisajes hay en ella abrazando la silueta de una mujer, cuántos personajes (y lectores) masculinos que añaden al placer de la contemplación de la naturaleza, ese otro placer añadido de mirar al otro sexo! Rose extrae una serie de interesantes conclusiones sobre esa relación (tan consolidada en la tradición cultural de occidente) de

mujer, naturaleza y placer masculino, conclusiones que, aunque extraídas de la geografía, prometen grandes resultados si se aplican, en el ámbito de la literatura, al estudio del espacio femenino y la particular «ideología visual» que lo gobierna.

Pero a la autora le interesa más la realidad que sus interpretaciones artísticas. Por eso, concluye, tajante: «Being in space is not easy (for a woman). Indeed, at its worst this feeling results in a desire to make ourselves absent from space; it can mean that we «acquiesce in being made invisible, in our occupying no space. We participate in our own erasure» (143).

Las estrategias espaciales de las feministas, enumeradas por Rose, deben mucho a los feminismos «marginales» («black and lesbian feminism») y a su insistencia en que la identidad no la determina sólo el género, sino también la orientación sexual, la clase social, el origen racial, la religión, factores y experiencias todos ellos que se manifiestan y viven de forma simultánea:

For the subject of feminism, then, the issue is dispersion. Social space can no longer be imagined simply in terms of a territory or gender. The geography of the master subject and the feminism complicit with him has been ruptured by the diverse spatialities of different women. So, a geographical imagination is emerging in feminism which, in order to indicate the complexity of the subject of feminism, articulates a plurilocality. In this recognition of difference, two-dimensional social maps are inadequate. Instead, spaces structured over many dimensions are necessary; what Haraway has described as geometrics of difference and contradiction. (151)

Rose enumera alguna de las estrategias o espacios alternativos a la geografía masculinista, que efectivamente van conformando un nuevo mapa plurilocal, antes que bidimensional. Entre esas estrategias se encuentra la «simultánea ocupación del centro, y del margen,» protagonizada esencialmente por los homosexuales (que actúan como si fueran heterosexuales, lo cual les permite una perspectiva desde dentro y desde fuera) y por la servidumbre negra (que si bien se halla dentro de un hogar blanco no pertenece, sin embargo, a él). Otra estrategia es la del «separatismo feminista:» se constituyen comunidades exclusivamente femeninas destinadas a la reflexión sobre la propia identidad, sobre su estado marginal y la relación con el centro.

Feminism and Geography merece una serie de observaciones adicionales, todas ellas relacionadas con esos defectos que afearon una de las primeras fases de la teoría literaria feminista. La vertiente crítica conocida como «imágenes de la mujer» (Moi, Toril. *Teoría Literaria Feminista*. Madrid: Cátedra, 1988) se limitó exclusivamente a buscar en las figuras literarias femeninas (fundamentalmente de la novela inglesa, francesa y norteamericana del siglo XIX) la huella machista, de la misma forma en que Rose busca en la geografía los marcados rastros del masculinismo. Y, al igual que ocurre con la fase inicial

del feminismo literario, el volumen que comentamos carece de verdadera energía creativa: su labor es antes que nada, detectivesca, destinada a la detección y denuncia de un «crimen.» La cartografía masculinista queda, en efecto, suficientemente explorada. Pero el mapa feminista, en cambio, apenas se distingue; la localización, en la realidad, de los espacios feministas y transgresores se vuelve muy difícil, y tan sólo adquiere visibilidad cuando ingresa en el terreno de la imaginación, y de los sueños. Por ello mismo, puede uno permitirse las siguientes preguntas: ¿Qué ocurre en el terreno de lo literario? ¿Hay, ya, en la literatura imágenes de espacios nuevamente femeninos, y feministas, ha conquistado la novela, la poesía, el teatro ese «continente oscuro» que la realidad todavía desconoce?

Feminism and Geography, a pesar de no ser un estudio de crítica literaria, y a pesar de su tono casi exclusivamente denunciatorio, es, sin embargo, muy capaz de imponernos interrogantes como éstas. Ello, junto al capítulo dedicado al paisaje y la perspectiva masculina («Looking at Landscape: The Uneasy Pleasures of Power») lo convierten en valioso instrumento para todo estudioso interesado en el análisis del espacio novelesco.

MARÍA TERESA ZUBIAURRE-WAGNER

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto Tecnológico Autónomo de México